

señal para un novelista. Pero aquellas adaptaciones ingeniosas no daban honra y provecho más que al adaptador. En resumen: fuera de un círculo limitado, después de muchos y muy hermosos libros, el apellido de los Goncourt continuaba siendo aún desconocido.

Faltaba una ocasión, y se presentó. Parecía que la suerte deseaba sonreírles. Un director ilustrado, Eduardo Thierry, recibió su *Enriqueta Maréchal*. ¡Obra en tres actos para la Comedia Francesa! La cosa era grave. Iban á reunir al fin á un público distraído é indiferente, más insecuestrable que Galatea; y cuando se le tuviese reunido, tendría por fuerza, y quieras que no quieras, que escuchar y que juzgar. Podrá ser que no se lea un libro, aun cuando sea una obra maestra; pero una comedia no hay más remedio que oirla.

Pues á pesar de eso, el público no oyó tampoco aquella vez. Era una fatalidad: bastó una casualidad, una casualidad tonta; circuló el rumor de que la obra había sido impuesta por una princesa de la familia imperial; la juventud del ba-

rrio Latino se enardeció; se fraguó un complot, y la política que, comprimida por todas partes, estallaba como podía, estalló aquella vez sobre los hombros de dos artistas inofensivos. *Enriqueta Maréchal* fué puesta en escena cinco noches, sin que nadie pudiese oír una sola palabra.

Recuerdo todavía la batahola que había en el teatro y, sobre todo, en el saloncillo de los artistas la noche del estreno. ¡No se veía ni un abonado ni un actor! Todo el mundo había huído del desastre. Y en aquel desierto resplandeciente y barnizado, bajo el elevadísimo techo y las miradas de los grandes retratos, dos jóvenes, completamente solos, en pie delante de la chimenea, se preguntaban: «¿Qué odios son éstos?... ¿Qué les hemos hecho?» dignos y altivos, pero con el corazón destrozado, á pesar de todo, por la brutalidad de la injuria. El mayor, muy pálido, consolaba al más joven, un rubillo de radiante y nerviosa fisonomía, al cual no he visto más que aquella vez.

Y, sin embargo, su drama era una obra

atrevida, bellísima y nueva. Al poco tiempo, los que la silbaron aplaudían frenéticamente las *Eloisa Parquet* y *El suplicio de una mujer*, obras de acción rápida, que caminaban al desenlace como trenes andando á toda velocidad, y la fórmula de las cuales podía muy bien haber estado preparada por *Enriqueta Maréchal*. ¡Pues qué! Aquel primer acto del baile de ópera; aquella muchedumbre; aquellas máscaras chillando y bromeando; aquel perseguirse; aquel sabor de realidad y de vida, irónico y real como un cuadro de Gavarni, ¿no era acaso, y quince años antes de que se inventara la palabra *naturalismo*, el naturalismo en el teatro?

Enriqueta Maréchal naufragó; no importa; á trabajar de nuevo. Y de nuevo los dos hermanos se instalaron en una anchurosa mesa, en su retiro de Auteuil. Primero hicieron un estudio del arte; la monografía sobre la obra y la vida de Gavarni, á quien habían conocido y amado; monografía tan viva como una novela y tan preciosa y llena de datos como el catálogo de un Museo. Luego vino el

más completo, el más indiscutiblemente bello, pero también el más desdeñoso, el



más personal de todos los libros: *La señora Gervaisais*.

Nada de intriga; sólo la historia de un

alma de mujer, la odisea á través de una serie de descripciones admirables de una inteligencia vencida por los nervios y que sale de la libre posesión de sí misma para ir á sucumbir en Roma bajo el enervamiento del clima, á la sombra de las ruinas, en ese no sé qué místico y adormecedor que se desprende de las paredes de las iglesias, entre el olor á incienso de las pompas católicas. Aquello era soberbio: el fracaso fué completo. Ni un artículo de periódico para juzgarla; apenas si se vendieron trescientos ejemplares.

Aquel fué el último golpe. El menor de los hermanos, que era una naturaleza vibrante, casi femenina, y que además hallábase hacia tiempo acometido de un principio de enfermedad nerviosa, el cual se sostenía sólo por la fiebre del trabajo y de la esperanza, no pudo soportar aquella conmoción. Así como un vaso de cristal muy fino, colocado sobre la tableta sonora de un piano, si sufre una disonancia demasiado brutal se estremece y se rompe, así parece que se rompió algo en él. Languideció durante algún tiem-

po, y murió. El artista no es un solitario. Por más que uno se ponga por encima y por fuera de la muchedumbre, al fin y á la postre para la muchedumbre escribe uno.

Y además se les tiene cariño á esos libros, á esas novelas, frutos dolorosos de las entrañas, hechos con sangre y con carne de uno mismo. ¿Cómo no tener interés por ellos? Lo que ova contra ellos le duele á uno, y el más acorazado autor chorrea sangre desde lejos—como por misterioso sortilegio—cuando hieren á sus obras. Fingimos no tener en cuenta más que la opinión en los de buen gusto, y nos preocupamos de la opinión de los más; desdeñamos el éxito, y el fracaso nos mata.

Ya supondréis la desesperación del que sobrevivió, de aquel hermano que se quedaba solo, muerto, por decirlo así, él también, y herido en mitad del alma. En cualquier otro momento no habría podido resistir su desgracia. Pero estábamos entonces en los momentos de la guerra. Vino el sitio, y luego la *Commune*.

El estruendo del cañón en aquellas afueras, ametralladas por todas partes; el silbido de los obuses; el derrumbamiento de todo; la guerra extranjera; la guerra civil; la matanza y el incendio; aquella batahola de cataratas del Niágara, que durante seis meses reinó en París, sin dejar oír, aturdiendo hasta el pensamiento, le hizo menos sensible su dolor. Y cuando todo hubo concluído, cuando la espesa niebla se disipó, y se volvió á pensar, encontróse triste, desapareado, con un gran vacío en el corazón, asombrándose de verse vivo, pero acostumbrado á vivir.

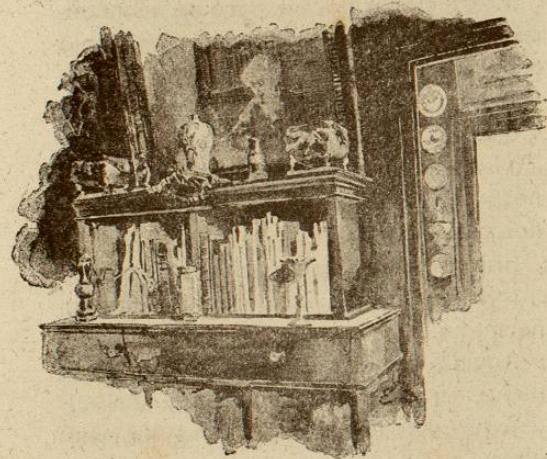
Edmundo de Goncourt no tuvo valor para abandonar la casita fraterna, tan llena del recuerdo de aquel á quien lloraba.

Se quedó allí, solitario y triste, sin más lazo que lo uniese con la vida que un trabajo casi instintivo que halló en el cuidado de sus colecciones y de su jardín; había jurado no escribir más; los libros, la mesa, le causaban horror.

Pero un día, sin que pueda decir cómo sucedió, hallóse de nuevo sentado, con

una pluma en la mano, en el sitio de costumbre.

Al principio sufrió mucho, y más de una vez, al volverse instintivamente para pedir á su hermano una nota, una



palabra, se levantaba pálido y se iba, al encontrarse con su sitio vacío. Pero una cosa nueva, imprevista para él, el éxito, lo animaba á trabajar y lo volvía á sentar en su sitio.

Desde la publicación de *La señora*

Gervaisais, los tiempos habían progresado, y el público también.

En literatura habíase operado un movimiento en el sentido de la observación exacta, expresada en un lenguaje claro.

Los lectores poco á poco se acostumbraban á esas novedades que al principio les habían asustado, y los verdaderos iniciadores de aquel renacimiento, los Goncourt, se iban poniendo de moda. Todos sus libros se reimprimían. «¡Si mi hermano viviese!» decía Edmundo con dolorosa alegría.

Entonces se aventuró á escribir aquella novela *Elisa*, que había pensado con su hermano.

Aquello no era escribir solo enteramente; era como una prolongación del trabajo entre dos, una colaboración póstuma.

El libro tuvo éxito, se vendió mucho. Triunfo lleno de dulce tristeza y de un recrudecimiento de dolor más que nunca eterno entonces. «¡Ah! ¡Si él viviese!»

Pero el encanto estaba roto; el her-

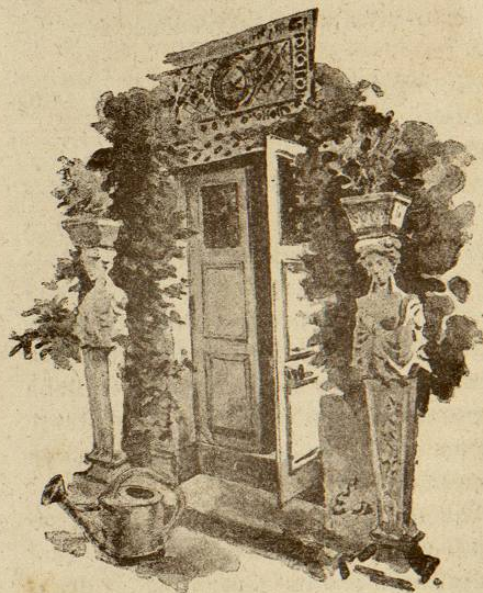
mano inconsolable se despertaba hombre de letras; y como el Arte está siempre unido á la vida por un hilo invisible, el primer libro que escribía solo iba á ser la historia de aquella existencia entre dos, de aquella colaboración trágicamente rota, de su desesperación de muerto-vivo y de su resurrección dolorosa.

El libro se llama *Los hermanos Zemmamo*.

Todos escuchábamos la lectura conmovidos, deleitados, con el corazón en un puño, mirando á través de los limpios cristales de la ventana, los raros arbustos de hojas relucientes que había en el jardinillo, que aparecía verde á pesar de la estación en que nos encontrábamos. El deshielo, que comenzaba, estrellaba el estanque, mojaba las piedras, en tanto que un sol de fin de invierno ponía una sonrisa en la nieve.

Aquella sonrisa, aquel sol, iban saliendo é invadiendo la casa. «¿De veras? ¿os gusta?... ¿estáis contentos?...» decía Edmundo Goncourt animado por nuestro entusiasmo; y delante del espejo, en

su pequeño óvalo dorado, la miniatura de su hermano muerto parecía iluminarse también con un rayo de gloria tardía.



GENTE DEL TEATRO

LA DÉJAZET

Cuando vi á la Déjazet en escena hace ya mucho tiempo, estaba más próxima á los setenta años que á los sesenta; y, á pesar de todo su arte, de todo su encanto, la estrecha falda de satén que envolvía su delicada silueta, los polvos que llevaba en la cabeza, aumentaban la verdadera frialdad de la edad; las cintas y lazos de su traje flotaban tristemente; y todos sus gestos, estudiados para que pa-